



PAZ Y BIEN

PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



## Todos los Santos

### Solemnidad

1-XI-2009

#### Textos:

Ap.: 7, 2-4. 9-14

Jn.: 3, 1-3

Mt.: 4, 25—5, 12

“Felices los que tienen un corazón puro porque verán a Dios”

En el calendario litúrgico diversos días del año son dedicados a algunos Santos cuyo testimonio de vida evangélica han tenido una resonancia universal. Otros Santos reciben un culto litúrgico particular en determinados lugares. Hoy recordamos indistintamente a todos los Santos y Santas que nos han precedido en la felicidad en la visión beatífica.

En el evangelio de esta solemnidad, hemos proclamado el pasaje de las “Bienaventuranzas” que ya se encuentran en el A. T. y se indica con ellas al hombre dichoso. Pero en la boca de Jesús se convierte en una profecía para los que deseamos seguirlo; si somos fieles seremos bienaventurados.

Los invito a detenernos en una de las Bienaventuranzas que dice: “Felices los que tengan un corazón puro, porque verán a Dios”.

Hermanos, es Dios quien ha hecho el corazón del hombre. A su imagen y a su semejanza. Esto significa que “alguna cosa de nuestro corazón nos hace conocer el corazón de Dios, por eso podemos definir al hombre como «capax Dei» -capaz de Dios-. Pero es precisamente allí donde la impureza ha vuelto opaco nuestro corazón con respecto a Dios y a sí mismo, y sólo el corazón puro o el corazón de los santos manifiesta el amor de Dios que lo ha hecho y para quien es hecho: “Mi corazón no reposa hasta que repose en Ti”, exclama san Agustín.

Sólo Dios conoce el corazón del hombre, y así lo expresa el salmista:

“Señor, Tú me sondeas y me conoces:

me conoces cuando me siento o me levanto,  
de lejos penetras mis pensamientos...

Señor, sondéame y conoce mi corazón... (Sal. 138, 1-2.7).

Hermanos el corazón humano es como una tierra que recibe la semilla de la Palabra de Dios, pero el diablo siembra también semillas de impureza y muerte. Y es preciso “limpiar” el corazón así como se limpia el campo arrancando la cizaña y la mala yerba que lo invade.

La pureza del corazón es fundamental por ser ella la condición de acceso a lo sagrado, por ella veremos a Dios, dice Jesús. De esta manera la pureza del corazón se define en primer lugar por el objeto de su amor y no hay más que un objeto de amor para el corazón del hombre: Dios.

Hay pues una relación fundamental entre la pureza del corazón y el único amor: el corazón puro es el corazón cuyo amor total es Dios.

Hermanos, lo que impide nuestra cercanía a Dios es la impureza que no es otra cosa que la idolatría, es decir cuando el lugar de Dios lo ocupan las criaturas y las cosas mundanas.

La idolatría no es otra cosa que el cambio de la gloria divina por la nada y los que corran detrás de las vanidades se convierten en vanidad (Cfr. Jer. 2, 5).

La pureza del corazón también hace referencia a un tema que, lamentablemente en esta cultura sensual y hedonista, se ha tornado un tema excluyente para los cristianos: la castidad, pues un corazón “puro” es también un corazón “casto”; creo que en general hemos bajado la guardia con respecto a lo que hace impuro nuestro corazón y olvidamos que “la pureza de los ojos” y la “guarda del corazón” van juntos. Debemos comprender, aunque nuestros oídos no están acostumbrados a este lenguaje, que “los deseos mundanos y carnales atan el corazón humano como ninguna otra cosa en la tierra; la castidad tanto del soltero como del casado, lo deja libre para Dios y las cosas divinas” (Cfr. I Cor. 7, 25-35) (Josef Staudinger).

Definitivamente es nuestro corazón lo que nos hace impuros, así lo enseña Jesús: “Lo que sale del hombre, eso es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón del hombre, salen las malas intenciones: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraudes, libertinaje, envidia, injuria, insensatez. Todas estas perversidades salen de dentro y hacen impuro al hombre” (Mc. 7, 20-23).

Hermanos, debemos guardar nuestro corazón por ser el lugar de contemplación de Dios. Se dice de uno de los primeros monjes, san Pacomio: “Gracias a la pureza de su corazón, veían por decirlo así, al Dios invisible como en un espejo” (Vida de Pacomio, 22); así la visión de Dios que se forma en el corazón prepara la visión de Dios cara a cara. Esta relación entre la pureza del corazón y la visión de Dios es la bienaventuranza del corazón (cfr. Mt. 5, 5).

También otros de los grandes padres, san Gregorio de Niza, indica la interioridad como lugar del encuentro y la visión de Dios para el hombre: “El reino de Dios está dentro de ustedes” (Lc. 17, 21). Por esto debemos aprender que con un corazón purificado de toda creatura y de todo sentimiento mundano, veremos nuestra propia belleza, la imagen de la belleza divina (Cfr. VI Homilía sobre las Bienaventuranzas).

Hermanos, hay un corazón que es fuente de pureza, es el de Cristo, y así lo profetiza Zacarías:

“Aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para lavar el pecado y la impureza” (Zac. 13, 1). Es Su corazón herido el que cura las heridas de la impureza de nuestro corazón.

Al celebrar hoy a todos los santos debemos comprender que el amor a Dios es lo propio de la santidad, y que sólo el que tiene un corazón muy puro conoce el amor de Dios y el ardor del amor lo purifica también de lo que en él no es amor.

Hermanos, es necesario ser puro para alcanzar al Puro (Cofr. I Jn. 3, 3); pero sólo Cristo es nuestra verdadera purificación “porque Él nos purifica para que al ser puros, podamos recibir a aquel que es la pureza” (San Gregorio Nacianceno. Hom. XII).

Para san Bernardo de Claraval “son dos las cosas que limpian los ojos del corazón: la oración y la confesión” (Fiesta de todos los Santos. Sermon. 1).

Pidamos al buen Dios, que los alejados vuelvan a la fe y los creyentes alcancen la santidad.

Amén

G. in D.